



PASTOR'S CORNER:

In part 4 of our 5 part series on the topic of Immigration from the joint pastoral letter authored by the Catholic Bishops of Mexico and the United States entitled, "Strangers No Longer: Together on the Journey of Hope", we examine the issue of refugees and asylum seekers. The Church teaches those who flee wars and persecution should be protected by the global community. This requires, at a minimum, that migrants have a right to claim refugee status without incarceration and to have their claims fully considered by a competent authority. In the 12th chapter of Luke's Gospel, verse 48, Jesus states: "much will be required of the person entrusted with much." This extends to nations who have been blessed with an abundance of resources. The role of so-called "first-world nations" is to assume leadership in the world by assisting nations who have minimal resources, with both economic and military aid as well as help in the area of political influence. We are not called to live in isolation from the rest of the world. Always bearing in mind the common good of both their own particular nations and of the world, leading nations must do all that they can to work toward stability in those nations that are less stable due to corruption and conflict. Negotiating peaceful treaties that help native peoples remain in their land should always be the number one priority, but when that fails, and day to day life becomes unbearable, people have a right to migrate to places that afford them an opportunity to flourish. Those countries who receive refugees have a duty and an obligation to assist them by providing a fair and just opportunity for them and their families to flourish. This does not mean that refugees are to be afforded any special privileges that might incite resentment from the population of the host country which may lead to social unrest, as we have seen in Europe. But it does mean that both the government and the population of the host country should work diligently to receive refugees with open arms - helping them quickly assimilate through the teaching of the language and culture. Nations where Christians hold a sizable majority must always keep this in mind, never marginalizing their new neighbors or seeing them as a threat, but receiving them as Jesus would receive the stranger.

Your brother in Christ,

Fr. Chuck Doney

PALABRAS DEL PASTOR:

En la parte 4 de nuestra serie de 5 partes sobre el tema de la inmigración desde la carta pastoral conjunta escrita por los Obispos Católicos de México y los Estados Unidos titulada, "Extranjeros Ya No: Juntos en el Camino de la Esperanza", examinamos el tema de los refugiados y solicitantes de asilo. La Iglesia enseña a quienes huyen de las guerras y la persecución deberán ser protegidos por la comunidad global. Esto requiere, a lo mínimo, que los migrantes tengan el derecho de reclamar el estatuto de refugiado sin encarcelamiento y que sus pretensiones sean plenamente consideradas por una autoridad competente. En el capítulo 12 del Evangelio de Lucas, verso 48, Jesús declara: "se requerirá mucho de la persona a quien se confió mucho." Esto se extiende a las naciones que han sido bendecidas con una abundancia de recursos. El papel de las tales "primeras naciones del mundo" es de asumir el liderazgo en el mundo por asistir a las naciones que tienen recursos mínimos, con ayuda económica y militar igual que ayuda en el área de la influencia política. No somos llamados a vivir aislados del resto del mundo. Siempre teniendo en mente el buen común tanto de sus propias naciones en particular como del mundo, naciones líderes deben hacer todo lo que puedan para trabajar hacia la estabilidad en esas naciones que están menos estables debidas a la corrupción y conflicto. Negociar tratados pacíficos que ayuden a la gente nativa a permanecer en su tierra siempre deberá ser la prioridad número uno, pero cuando eso falla, y cuando la vida cotidiana se convierte inaguantable, las personas tienen el derecho de migrar a lugares que les permitan la oportunidad de florecer. Esos países que reciben a los refugiados tienen un deber y una obligación de ayudarlos por darles una oportunidad justa a ellos y a sus familias. Esto no significa que los refugiados se les otorgarán privilegios especiales que podrían penetrar el resentimiento de la población del país anfitrión que puede conducir a disturbios sociales, como hemos visto en Europa. Pero si significa que tanto el gobierno como la población del país anfitrión deberán de trabajar diligentemente para recibir a los refugiados con los brazos abiertos – ayudándolos a asimilar rápidamente a través de la enseñanza de la lengua y la cultura. Naciones donde los Cristianos tienen una gran mayoría deberán de siempre tener esto en mente, nunca marginando a sus nuevos vecinos o viéndolos como una amenaza, sino recibéndolos como Jesús recibía al extraño.

Su hermano en Cristo,

Fr. Chuck Doney

